

Historia Insólita  
*incredible pero cierto*

*Errores*  
**Lapsus**  
*y Gazapos*  
de la historia



Los grandes y pequeños errores y meteduras de pata de la historia. Lapsus históricos, erratas y gazapos, despistes y disparates

*Errores*  
**Lapsus**  
*y Gazarapos*  
de la historia

Historia Insólita  
*increíble pero cierto*

*Errores*  
**Lapsus**  
*y Gazarapos*  
de la historia

*Gregorio David*

 nowtilus  
saber

Colección: Historia Insólita

[www.historiainsolita.com](http://www.historiainsolita.com)

Título: Errores, lapsus y gazapos de la historia

Autor: © Gregorio Doval

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

Diseño de colección y cubierta, realización y maquetación: eXpresio,  
estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-219-9

Fecha de edición: octubre 2011

Impreso en España

*A Ada, uno de los grandes aciertos de mi vida. Y cada día más. Gracias.*

*Errores*  
**Lapsus**  
*y Gazapos*  
de la historia

Prólogo

---

1. Errores históricos

---

2. Errores militares

---

3. Errores científico-tecnológicos

---

4. Errores médico-sanitarios

---

5. Errores empresariales

---

6. Errores en las artes y el deporte

---

7. Lapsus, erratas y gazapos

---

8. Imprudencias, negligencias y temeridades

---

9. Opiniones chocantes y vaticinios fallidos

---

10. Teorías, propuestas y proyectos descabellados

---

Bibliografía utilizada

---

## Prólogo

La colección HISTORIA INSÓLITA presenta una multitud de sucesos increíbles, pero ciertos; o creídos, pero falsos; incluso, legendarios, pero curiosos... Una multitud de acontecimientos gratamente curiosos, sorprendentes y ejemplares que la historia oficial y ortodoxa generalmente suele dejar de lado y que ponen en cuarentena lo que creíamos saber, pero lo hace de una forma divertida, por cuanto insólita; amena, por cuanto informativa, e instructiva, por cuanto rigurosa.

Según se vayan desgranando los distintos volúmenes, la colección se irá poblando de todo tipo de seres excéntricos y extravagantes, simpáticos u odiosos, perversos o lascivos, despistados o meticulosos..., de los que conoceremos su vida y, en muchos casos, su extraña o chocante muerte. En HISTORIA INSÓLITA se irán dando a conocer casos y cosas fuera de lo común, en forma de casualidades y coincidencias, errores y gazapos, timos y fraudes, enigmas y quimeras, locuras y extravagancias, falsedades y mentiras, depravaciones y lujurias... Podrá decirse, tal vez con razón, que en este poliédrico y multifacético rosario de hechos se ensartan pocas perlas y mucha bisutería. Es cierto. Es conscientemente bisutería histórica porque sólo pretende adornar la riqueza cultural de sus posibles lectores; no, desde luego, amueblarla ni ennoblecerla. Pero no por ello se ha de entender como un mero museo de monstruos ni como un muestrario de excepciones. En realidad, sólo presenta ejemplos históricos extremos de comportamientos y sucesos muy comunes y habituales.

Se narrarán sucintamente las increíbles biografías de personajes tan extraordinarios como Lady Godiva, la Monja Alférez, Sissí, Lawrence de Arabia, Billy El Niño, Iván El Terrible, los Borgia o el marqués de

Sade; se detallarán inusitadas historias como la conquista del imperio de los incas, la infame subasta del trono imperial de Roma, las supuestas excentricidades de Nerón y las singulares peripecias eróticas de Cleopatra, Mesalina, Mata-Hari, Eloísa y Abelardo y otros muchos. En sus páginas también se detallarán cuestiones tan dispares como el casual descubrimiento de la cueva de Altamira, el imperecedero mito de Eldorado, las estrambóticas profecías sobre el fin del mundo, la hipotética fecha y hora de la Creación o la repetida venta de la Estatua de la Libertad. Se contará cómo perdió los brazos la Venus de Milo y cómo nacieron los premios Oscar. Se hablará del acorazado que se hundió alcanzado por uno de sus propios torpedos o el caza que se autoderribó. Se esclarecerán las indescifrables predicciones del Oráculo de Delfos, los misterios de la Isla de Pascua, la Maldición de los Faraones, por qué se inclinó la Torre de Pisa, quién dio el erróneo nombre de América al Nuevo Mundo, cuándo comenzó la plaga de conejos en Australia o cómo fue posible que un guardabosques sobreviviera a siete rayos. Asimismo, sabremos cómo se inventaron la guillotina, las patatas chips, el perrito caliente, el WC y el papel higiénico, el crucigrama, el sello de correos, el biquini o el condón; o qué origen tienen palabras como «boicot», «silueta», «sándwich», «linchamiento» o «restaurante»; o bien quiénes fueron los primeros siameses, el primer fumador europeo y la primera vampiresa del cine; o en qué personas reales se basan los personajes ficticios de Tarzán, Robinson Crusoe, Drácula, el Tío Sam, la Dama de las Camelias, Sherlock Holmes o Santa Claus; o cuál fue la primera huelga de la historia, si Shakespeare escribió realmente sus obras o cuándo se utilizó por primera vez la clave SOS. Se podrá saber que más de una vez ha llovido ranas o sangre; que el zar Pedro I gravó con un impuesto a los barbudos, o que alguien cree que en la Biblia se habla del SIDA. Se podrán conocer las extraordinarias historias del bailarín sin piernas, los ansiosos comedores de caucho o de bicicletas, las mujeres barbudas, el jugador de béisbol manco o aquellos mellizos que nacieron con cuarenta días de diferencia. Incluso será posible enterarse de que Cervantes y Shakespeare murieron en la misma fecha, aunque no en el

mismo día; que no son pocos los personajes de quienes se cree que han muerto literalmente de risa; que Isaac Newton era tremendamente despistado; que Aristóteles mantuvo teorías absurdas, o que, por ejemplo, se conservan numerosas reliquias de Napoleón (incluido su pene que, por cierto, es una birria al lado del de Rasputín).

En esta colección de obras desinhibidas y amenas, pero rigurosas y didácticas, sí importarán las nimiedades, entendidas como argumentos con que demostrar que el ser humano, cuanto más solemne es, más ridículo resulta; cuanto más angustiado está, tanta más astucia desarrolla, y cuanto más relajado e íntimo, más grotesco. Se demostrará que no es raro encontrar, tras cada hecho histórico, una verdad que sonrío y, tras cada gran personaje, una sombra bufa o un demonio doméstico. Y se llegará a la conclusión de que nada parece lo que es ni nada es lo que parece, y de que nada resulta más común que lo sorprendente.

En definitiva, la colección HISTORIA INSÓLITA reflejará la pequeña historia vista desde las bambalinas, mostrando a las claras todas sus miserias, falsedades, misterios, bajezas, extravagancias, casualidades y sorpresas.

Alguien dijo que «no hay nada tan inevitable como un error al que le ha llegado su momento». Este volumen de HISTORIA INSÓLITA, dedicado precisamente a los errores, los lapsus y los gazapos, trata de demostrar que las equivocaciones son algo casi consustancial al ser humano y que la historia está plagada de políticos, militares y científicos que no se cansaron de meter la pata y de causar perjuicios a los demás. Por ejemplo, la asociación alemana de judíos que apoyó y pidió el voto para Hitler, el paradigmático coronel Custer, los aviones que se autoderribarón, los submarinos que se autotorpedearon y los buques que hundieron a barcos amigos por error, quienes llevaron conejos a Australia o estorninos al Central Park de Nueva York y causaron sendas plagas, o los que recetaban opio y cocaína para calmar a los niños. No se olvida tampoco de aquellas opiniones, propuestas y

teorías absurdas o descabelladas que, en el mejor de los casos, son ineficaces y, en el peor, dañinas o fraudulentas; por ejemplo, el visionario que propuso en 1899 cerrar la oficina de patentes porque «ya estaba todo inventado», el que registró a su nombre todo el universo o el ex policía que aprendió a leer los sentimientos de las plantas con un detector de mentiras.

Tampoco faltarán todo tipo de imperdonables errores concretos, como aquellos *boy scouts* franceses que borraron unas pinturas rupestres creyendo que eran grafitis, el coleccionista de arte que rompió de un codazo un cuadro de Picasso que iba a vender por ciento treinta y nueve millones de dólares, el transcriptor musical que cambió la dedicatoria «Para Teresa» por la de «Para Elisa», el partido de fútbol que provocó una guerra en la que murieron seis mil civiles, la enciclopedia que hubo que retirar del mercado tras clasificar una seta mortal como inocua, el limpiador de una galería de arte que, enfadado, lustró una habitación llena de basura sin saber que era una valiosísima obra, el censor español que trocó un adulterio en un incesto o el jurado del concurso de imitadores de Charlot que eliminó a la primera de cambio al propio Chaplin. Se dará cuenta asimismo de actitudes y comportamientos temerarios que entrañaron un riesgo inaceptable para su propio protagonista (el sastre que se tiró de la torre Eiffel creyendo que volaría con su capa, o el subcampeón mundial de sauna que, literalmente, se coció por intentar ganar el campeonato) o, peor aún, para terceras personas (como el piloto de Aeroflot que dejó a su hijo adolescente a los mandos del avión, el cual se estrelló minutos después en Siberia).

Todo ello sin olvidar los refranes «¿Acertar errando? Sucede de cuando en cuando» y «Quien anda es quien tropieza, y no el que se está en la cama a pierna tiesa», ni tampoco que «No hay error que no valga para algo». Al fin y al cabo, no está mal buscar una nueva ruta a Oriente y descubrir América. Quizás los únicos errores que hay que evitar son aquellos que eliminan la posibilidad de volverlo a intentar.

*Gregorio Doval*

# Historia Insólita

*increíble pero cierto*



## 1 Errores históricos

Corría el año 1802 cuando un soldado conquense del Regimiento de infantería de la Corona, de guarnición en Valladolid, de nombre Mariano Coronado, fue apresado por robo con homicidio y condenado por un tribunal militar a la pena capital. Al objeto de cumplir tal pena, cual era costumbre, se preparó todo en la plaza Mayor vallisoletana para su ahorcamiento, que una mañana se llevó finalmente a cabo. Una vez ahorcado, dando por supuesto que el soldado había muerto, se bajó su cuerpo del cadalso y las Hermanas de la Caridad se hicieron cargo de él. Pero, de camino a la morgue, una de las monjas vio cómo el cadáver movía una mano. Poco a poco, gracias a los cuidados de las religiosas, el ahorcado volvió a la vida. Pero, entonces, se planteó la gran duda:

qué hacer con él. Tras una sesuda reflexión y la oportuna consulta con el propio rey, se decidió que el reo había cumplido con la justicia: había sido condenado a la horca y había sido ahorcado, por lo que la pena estaba satisfecha. En consecuencia, sorprendentemente, Mariano Coronado fue dejado en libertad, aunque eso sí, se le expulsó de la ciudad. A cambio, se decidió procesar al verdugo, por considerar que podía ser culpable de que el reo estuviera vivo, pero finalmente el juez concluyó que este había hecho bien su trabajo y que la «culpa» de lo sucedido estaba en haberlo bajado demasiado pronto de la soga, lo que no era base para condena alguna. Mientras tanto, el afortunado soldado había vuelto secretamente a Valladolid, al parecer para tomarse venganza de una antigua novia que le había traicionado. La justicia le volvió a apresar y, esta vez, se aseguró de que el destierro fuera eficaz, para lo que fue enviado a Vigo y allí embarcado con destino a Puerto Rico, donde se le perdió la pista.

Cuando el insumergible *Titanic* se hundió en 1912 en aguas del Atlántico, el Senado estadounidense abrió inmediatamente una investigación para tratar de aclarar las causas del trágico suceso. Tras oír la descripción técnica del trasatlántico por parte de un experto, el senador William A. Smith, representante del estado de Michigan, le preguntó ingenuamente: «¿Por qué no se refugiaron los pasajeros en los compartimentos estancos que ha mencionado para evitar ahogarse?». Evidentemente sus conocimientos navales no eran muchos o, dicho con otras palabras, su ignorancia sobre el tema era tan profunda como las aguas del Atlántico en que se hundió el barco, compartimentos estancos incluidos.

Al sugerirse por primera vez que se instalara en Constantinopla una red de abastecimiento eléctrico, le explicaron al sultán de Turquía que sería necesario instalar varias dinamos. El sultán, que no era un hombre de educación avanzada, pensó que la palabra «dinamo» sonaba sospechosamente parecida a «dinamita», y eso sí que sabía lo qué era.

Así que decidió vetar el proyecto y Constantinopla tuvo que esperar la electricidad varios años más.



En agosto de 1890, por primera vez en la historia, un condenado a muerte fue ejecutado en la silla eléctrica. Cuando el excéntrico emperador de Abisinia Menelik II (1844-1913) se enteró, encargó tres sillas eléctricas a los Estados Unidos. El único problema fue que, al llegar el pedido, descubrió que necesitaban electricidad para funcionar y su país todavía no contaba con ese adelanto. Como el emperador era muy tenaz e ingenioso, pronto encontró la solución: usó una de ellas como trono imperial. En 1913, Menelik II, encontrándose gravemente enfermo del corazón, sin que sus médicos acertasen en los cuidados, se hizo traer su Biblia particular y, movido por la fe (y por la ignorancia), fue arrancando una a una todas las páginas del Libro de los Reyes y se las fue comiendo. Con tan extraña terapia, Menelik II no sólo no mejoró sino que falleció pocos días después. Según parece, Menelik II era también un hombre bastante desconfiado. En cierta ocasión le fue presentada la maqueta de un puente que había de construirse. Parece ser que no confiaba en la solidez de aquel puente y, para demostrarlo, no se le ocurrió otra cosa que golpear con el puño la maqueta, que, como es natural, acabó aplastada. Llegado el momento de la siguiente presentación, los arquitectos, escarmentados por la anterior decidieron fabricar la maqueta del puente con madera más sólida. Evidentemente Menelik II intentó de nuevo aplastar el puente, cosa que no logró, por lo que no le quedó más remedio que aprobar su construcción.

Cuenta el escritor y dramaturgo francés Pierre Antoine de La Place, en su obra *Pièces intéressantes*, que a finales del mes de marzo del año 1621 el frío aún se hacía sentir en la que, desde hacía unos años, había vuelto a ser capital del reino de España, Madrid. En uno de aquellos frescos atardeceres, el rey Felipe III (1578-1621) adolecía de una incipiente erisipela y descansaba

junto a una chimenea que había sido bien atizada para templarle el cuerpo. Sin embargo, conseguido ese objetivo, resultó que el monarca comenzó a acalorarse desmedidamente y topó con la dificultad de que en su estado no podía retirarse o reducir el fuego. Lo propio era que solicitase tal medida de un sirviente o, según la rígida etiqueta cortesana, del duque de Uceda (c. 1581-1624), y sólo de este. Al cabo de un rato, el rey pareció tener la suerte de que apareciera el marqués de Tovar, el cual oyó su petición, pero al que recordó lo indicado: el protocolo cortesano le impedía atender ese tipo de solicitudes regias. Lo penoso para el monarca es que el duque de Uceda no se hallaba en palacio y que no pudo ser localizado con la debida premura. Cuando por fin llegó y solucionó el exceso de calor que estaba soportando el rey, este ya estaba bañado en sudor a causa de un fuerte acceso febril. Aquella misma noche la erisipela y sus consecuencias acabaron con la vida del rey, que podría haber salvado la vida si el protocolo cortesano no hubiese sido tan estricto.

**D**udando si atacar o no a los persas, Creso (siglo VI a. C.), el último rey de Lidia, preguntó al oráculo de Delfos si su ataque tendría éxito. El oráculo le contestó que, si conducía un ejército hacia el Este y cruzaba el río Halys, destruiría un gran imperio. Reforzado por ese vaticinio, Creso organizó una alianza con Nabónido de Babilonia, Amosis II de Egipto y la ciudad griega de Esparta e invadió Persia. Sin embargo, las fuerzas persas derrotaron a la coalición en Capadocia, en la batalla del río Halis (547 a. C.). Los persas invadieron Lidia, tomaron su capital y encadenaron al propio Creso. Al ser liberado, este acudió de nuevo a Delfos, esta vez con la pregunta: «¿Por qué me engañaste?». La sacerdotisa del oráculo le contestó que no le había engañado, pues, en efecto, Creso había destruido un gran imperio, el suyo propio.

**D**urante una visita a Israel en su etapa de alcalde de Berlín Oeste, Willy Brandt (1913-1992), que después sería canciller

alemán, fue invitado a admirar el nuevo Auditorio Mann de Tel Aviv. Brandt expresó su agradecimiento y su admiración al pueblo de Israel por haber dedicado un imponente auditorio al gran escritor alemán Thomas Mann. Tras un momento de estupor, Brandt fue corregido con mucha educación por su anfitrión. En realidad, el nombre del auditorio recordaba a un cierto Frederic Mann de Filadelfia. «Comprendo. Y ¿qué es lo que ha escrito este hombre?», preguntó Brandt. «Un cheque», fue la lacónica y sincera respuesta que le dieron.



El sobrenombre del nigromántico siberiano Grigorii Efimovich Novy (1872-1916), Rasputín, significa en ruso algo así como 'libertino'. Y no fue, según todos los testimonios, un mote gratuito ni desacertado. Al parecer, su gran carisma entre las mujeres se debió no sólo a su carácter misterioso y a su gran facilidad verbal e hipnótica (aunque, por cierto, ni siquiera sabía leer y escribir), sino también a cierta parte de su organismo que alcanzaba, según descripción que dejó escrita su propia hija, los treinta y cinco centímetros de turgente longitud y que él no se esforzó en mantener inactiva. Esa parte de su organismo le fue cortada, por cierto, en el mismo momento de su terrible asesinato (que contamos en el texto). En 1967 una anciana residente en el barrio parisiense de Saint-Denis sacó a la luz el secreto que había guardado en una caja de madera durante años: el auténtico pene de Rasputín [el que se ve en la foto], su antiguo amante. Tras una serie de pruebas se comprobó que efectivamente era el del monje ruso y fue comprado por ocho mil dólares por el museo erótico de San Petersburgo. Hoy sólo se conservan 28,5 centímetros de pene debido a que una parte se dejó en el cadáver durante la castración y al supuesto ataque de un perro.

**E**l emperador Teodosio II (401-450), que gobernó en el Imperio romano oriental desde el año 408 hasta su muerte, solía firmar los documentos sin leerlos. Para escarmentarle, su hermana Pulqueria le puso delante su sentencia de muerte y, sin leerla, la firmó. Al

final, no obstante, no se llegó a ejecutar y Teodosio murió en un accidente de caza, al caerse accidentalmente de su caballo.

El escritor y científico francés *Jean Antoine Condorcet* (1743-1794) participó muy activamente en la primera fase de la Revolución francesa, pero después, al apoyar a los girondinos moderados durante la etapa del Terror, se hizo poco grato y tuvo que vivir escondido durante mucho tiempo para no perder, literalmente, la cabeza. Al sospechar al cabo que su refugio ya no era seguro, intentó escapar del París revolucionario. Se disfrazó de burgués para no despertar sospechas y anduvo huyendo por los bosques de la región hasta que encontró un pequeño mesón en el que comer algo en la pequeña localidad de Clamart, cercana a la capital. Se sentó a la mesa y pidió una tortilla. «¿De cuántos huevos?», le preguntó el posadero. Condorcet, que nunca en su vida había hecho una tortilla, respondió: «De doce». Cuando el ventero escuchó esta barbaridad, se dio cuenta de que era un aristócrata disfrazado y lo denunció a la policía, que lo detuvo inmediatamente. Dos días después apareció muerto en el calabozo en circunstancias poco claras.

El estadista, diplomático y científico estadounidense Benjamin Franklin (1706-1790) predijo oculto tras un seudónimo la muerte del director de un periódico rival mediante un estudio astrológico, pero pasó la fecha, nada sucedió y era evidente que el susodicho estaba vivo. No obstante, Franklin siguió promulgando su éxito y diciendo que estaba muerto. Cuando al final el hombre realmente murió, Franklin tuvo la desfachatez de publicar la siguiente nota: «Ahora que los amigos de XX han aceptado por fin su muerte...».

El explorador español Francisco Fernández de Córdoba (? -1518) desembarcó en 1517 en una península a la que llamó «Yucatán», porque los nativos pronunciaban dicha palabra

contestando a su pregunta de cómo se llamaba la costa en la que había desembarcado, lo que le hizo pensar que tal era su nombre. En realidad, «yucatán» quiere decir en lengua maya ‘no entiendo’ o ‘yo no soy de aquí’. Algo así como si a la vuelta de Londres dijéramos que hemos estado en «Aidonanderstán». El primer narrador de esta historia fue posiblemente fray Toribio de Benavente que, al final del capítulo 8 del volumen 3 de su *Historia de los indios de la Nueva España* cuenta: «porque hablando con aquellos indios de aquella costa, a lo que los españoles preguntaban los indios respondían: “Tectetán, Tectetán”, que quiere decir: ‘No te entiendo, no te entiendo’. Los cristianos corrompieron el vocablo y no entendiéndolo lo que los indios decían, dijeron: “Yucatán se llama esta tierra”».



El 28 de junio de 1914, Francisco Fernando de Habsburgo (1863-1914), archiduque de Austria y heredero al trono imperial, fue asesinado en Sarajevo junto a su esposa, la condesa Sofía Chotek, por el separatista serbio Gavrilo Princip, hecho que desencadenaría la Primera Guerra Mundial. Mas su muerte, según algunos historiadores, tuvo algo más de cruel e innecesaria: al parecer, murió desangrado al no poder desabotonarle el uniforme quienes le atendieron por llevarlo siempre cosido para eliminar arrugas. Se conserva hoy su chaqueta en el Museo de Historia Militar de Viena [en la foto]. En todo caso, uno de los balazos le dio en el cuello, por lo que es de suponer que habría muerto de todas formas.

En el curso de su circunnavegación terrestre, Hernando de Magallanes (1480-1521) y su tripulación asistieron a una danza ritual bailada por

un indígena techuelche en una playa de una tierra al sur del continente americano. Observando su gran corpulencia y el desproporcionado tamaño de sus pies, decidió llamar a aquella tierra «Patagonia» (es decir, ‘tierra de los de la pata grande’). En realidad, los indios no tenían los pies grandes, sino que los llevaban forrados de pieles para defenderse del frío.

Hacia 1860, el senador estadounidense George M. Willing bautizó con el nombre de «Idaho» a la extensa región minera de Pike’s Peak, aduciendo que dicha palabra significaba en lengua shoshoni ‘perla de la montaña’. El Congreso de los Estados Unidos, al hacer las oportunas averiguaciones, llegó a la conclusión de que esa traducción no era correcta y decidió llamar al territorio «Colorado» por el nombre del río que la atraviesa. Sin embargo, el topónimo Idaho quedó ahí y, dos años después, cuando hubo que buscar un nombre a un nuevo territorio del noroeste de la costa del Pacífico, alguien lo recordó y lo propuso, de manera que se aceptó en 1863. Cuando el territorio fue elevado a la categoría de Estado de la Unión, en 1890, se mantuvo su nombre. Sin embargo, posteriormente algunos historiadores han afirmado que esa palabra significa en idioma aborigen ‘mierda de búfalo’.



En la foto se puede observar con toda claridad la diferencia entre el sueño y la realidad norteamericanos: una cola formada exclusivamente por negros espera ante una de las tiendas de racionamiento, mientras, en el cartel de la valla publicitaria se ve a una familia estadounidense de clase media formada por personas de pelo rubio y se lee «No hay mejor manera que a la manera estadounidense». Un cartel verdaderamente inapropiado que señalaba ya el comienzo de la Gran Depresión que siguió al Crack de 1929.

Según una de las versiones más repetidas, Magallanes y sus hombres habían llegado a las costas de la actual Uruguay, frente a las cuales Magallanes exclamó «¡Monte vide eu!» («¡Veo un monte!»). Tiempo después, en 1726, este fue el nombre que se dio a la ciudad allí fundada por el español Bruno Mauricio de Zabala (1682-1736) y que, con el paso del tiempo, sería la capital uruguaya, Montevideo.

Según parece, la ciudad estadounidense de Nome, un enclave turístico del estado de Alaska, debe su nombre a un error. En un viejo mapa británico, se podía leer la inscripción «Name?» (en español, «¿Nombre?») sobre la localización de este asentamiento, indicando que aún no había sido bautizado. Algún funcionario poco cuidadoso lo copió como «Nome» y así ha quedado hasta hoy.

El 5 de febrero de 1757 el ex soldado y ahora criado Robert François Damiens (1715-1757) se abalanzó sobre el rey Luis XV de Francia (1710-1774), cuando subía a su carruaje, con la intención de asesinarle. No lo consiguió porque su navaja estaba desafilada y porque las numerosas capas que llevaba el rey debido a los rigores invernales amortiguaron la penetración de la navaja de dos filos y ochenta y un milímetros empleada por Damiens. Inmediatamente, el frustrado magnicida fue torturado. Se le aplicaron, en los pies, unas pinzas al rojo vivo que le quemaron el talón de Aquiles, sin conseguir que hablara. En la noche del 17 al 18 de enero, Damiens fue llevado a la Conciergerie y, comoquiera que había intentado suicidarse cortándose los genitales, fue atado a su lecho por medio de unas correas de cuero que le apresaban los brazos y las piernas. El proceso se abrió el 12 de febrero y en él Damiens fue condenado a muerte, pena que se cumplió el día 28. El suplicio duró horas, ante el pavor de los espectadores. Primero fue torturado con tenazas al rojo vivo; su mano, sujetando el cuchillo usado en el intento de asesinato, fue quemada con azufre; sobre sus heridas se vertió cera derretida, plomo y aceite hirviendo. Después de varias horas de agonía, fue puesto en manos del verdugo real, Charles-Henri Sanson. Se ataron caballos a sus brazos y piernas, pero las extremidades de Damiens no se separaron con facilidad: tras algunas horas más, los verdugos se vieron forzados a cortar los ligamentos de Damiens con un hacha. Tras un nuevo tirón de los caballos, Damiens fue desmembrado para alegría del público, y su torso, todavía vivo según los testigos, fue arrojado al fuego. Los observadores contemplaron, con estupor, la capacidad de la gente para seguir hasta el final el suplicio infligido por el verdugo Sanson ayudado por dieciséis asistentes. El 29 de marzo se ordenó que la casa natal del regicida fuera arrasada con la prohibición de volver a edificarla. Su mujer, su hija y su padre fueron expulsados del reino, bajo pena de muerte inmediata en caso de regreso. Esa fue la pena por su intento de regicidio. No sabemos qué le hubieran hecho caso de no fracasar en su intento.

Recorriendo el explorador británico James Cook (1728-1779), por entonces un simple teniente, la región australiana que hoy es Queensland se asombró al ver lo que describió como «unos ratones gigantescos dando saltos magníficos entre los arbustos». Se acercó a un aborigen guugu yimithirr, le preguntó el nombre del animal y el nativo le contestó: *can-gu-rú*, o sea, ‘no lo sé’. Cook interpretó que ese era el nombre del animal. No obstante, muchos han rebatido ese origen y señalan que *kangaroo* proviene de una palabra autóctona que suena muy parecido y que significa ‘saltador’.

El explorador inglés Martin Frobisher (h. 1535-1594) causó una fiebre del oro en Inglaterra, en 1578, cuando regresó de la isla de Baffin con tres naves cargadas con doscientas toneladas del rutilante mineral dorado. Frobisher regresó a Canadá con una flota aún mayor de quince navíos y excavó varias minas en los alrededores de la bahía Frobisher; regresó con mil trescientas cincuenta toneladas de mineral pero, tras años de fundición, se dieron cuenta de que tanto ese lote de mineral como el anterior no tenían valor alguno, pues resultó ser pirita de hierro, lo que hoy se conoce como «el oro de los tontos». A la postre, fue triturado y utilizado para la reparación de caminos.



La esvástica se asocia casi exclusivamente con el régimen nazi, pero, en realidad, es un símbolo muy anterior y casi universal. Al parecer se menciona por primera vez en los Vedas, las escrituras sagradas del hinduismo, pero su uso pasó pronto a otras religiones de la India, como el budismo y el jainismo. En el mundo oriental, la esvástica tiene significados diversos, pero todos relacionados con el bien. En Japón o China se identifica con la totalidad de los seres; en el budismo, con la protección, y en el hinduismo, se tiene por símbolo sagrado y de buen agüero. También fue utilizada con profusión en elementos decorativos de catedrales románicas y góticas. Los nazis la adoptaron en 1920 como símbolo de la «raza aria», la raza superior (o sea, los germanos), pero este era, en realidad, el nombre que se daban a sí mismos los primeros invasores indoeuropeos de Eurasia. Luego, cuando Hitler hizo de la esvástica o cruz gamada el símbolo del partido nazi alemán, cometió el error de usarla en posición oblicua, que era como la empleaban sus inventores prehistóricos para indicar mala suerte: puesta así, la cruz gamada indicaba derrota. Cuando le explicaron esto a Hitler, ya era demasiado tarde y no fue posible corregirlo. Según dicen, comentó que «preferiría haber perdido una batalla en lugar de cometer tal error»

El reverendo Thomas Baker participó en una expedición que se adentró en Fiji en 1867. Estando con un jefe tribal le mostró con orgullo un peine, pero el jefe creyó que se trataba de un regalo y se lo puso en el pelo como adorno. Baker se lo arrebató bruscamente, sin darse cuenta de que tocar la cabeza de un jefe de las Fiji era un agravio que acarrearía la muerte. El jefe clamó venganza, envió un mensajero para que se adelantara a la ruta de Baker y anunció que recompensaría con un diente de ballena a aquel que le diese muerte. El 21 de julio de 1867, la tribu montañesa de los nabutautau mató al reverendo y, de paso, a

ocho de sus acompañantes, y tal y como era costumbre del lugar los cocinaron. Toda la tribu disfrutó de tan exótica comida, salvo aquellos a los que les tocó pierna, que se encontraron con que, incluso después de una larga cocción, seguía estando muy dura. Otros nativos con más experiencia culinaria les indicaron que las botas de caucho que se estaban comiendo no formaban parte de la carne de los europeos.



En 1935, los oficiales nazis seleccionaron a un niño rubio y de ojos claros para tomarlo como imagen propagandística de lo que debía ser la «raza aria», e imprimieron cientos de miles de postales del niño junto a Hitler. Cuando la distribución era ya masiva, se dieron cuenta de que el niño ario era, en realidad, el nieto del rabino Wedell, de Düsseldorf. Y es que un prejuicio o confusión habitual pretende ver a los arios como arquetipos de lo rubio en el pelo y lo azulado en los ojos. Ese error fue impulsado por el genetismo racista de los nazis. El mito de los arios puros llegó a ser algo absurdo, amén de criminal. Arios eran en puridad los indoarios de la India, primeros habitantes de ese subcontinente después de los dravídicos. Que en idioma sánscrito arya sea ‘noble’ no prueba nada sobre características físicas o fenotipos. Un solo país como Alemania está lleno de diferencias físicas, pues sus gentes van desde los tipos alpinos y bávaros a los nórdicos de las viejas zonas hanseáticas, sin contar todas las mezclas que se produjeron a lo largo de los siglos. Ya en tiempos de Hitler, el alemán medio era un mestizo y su pureza, una utopía. Sin embargo, se volcaron toneladas de papel (y toneladas de gases letales) para demostrar que la raza blanca, la caucásica, comprende diversas familias arias descendientes directas de la cepa primitiva de nuestra especie. Se quiso a todo trance que los arios alemanes fuesen la más pura de las emigraciones de los indoeuropeos a Occidente y, por supuesto, la mejor de las pretendidas razas clásicas: ibera, ligur, celta (o tipo mediterráneo, alpino, nórdico...). También los reyes persas se daban el título de arios, los más puros de su estirpe.

El filántropo Eugene Schieffelin (1827-1906) concibió la idea de llevar a Estados Unidos todos los pájaros mencionados por William Shakespeare en sus obras. Desafortunadamente, el personaje de Hotspur menciona al estornino en la parte I de *Enrique IV*, por lo que Schieffelin soltó en 1890 sesenta estorninos y, al año siguiente, otros sesenta en el Central Park de Nueva York. Hoy en día estas aves han proliferado por millones desde Alaska hasta México (habrá no menos de doscientos millones de ejemplares sólo en Estados Unidos), al no verse molestadas por depredador alguno, y se han convertido en una plaga perniciosa, al alterar el equilibrio ecológico. Afortunadamente, los intentos de Schieffelin de aclimatar otros pájaros, como pardillos, pinzones, ruiseñores y alondras, no tuvieron ese mismo éxito.

La marmota, ese pequeño mamífero asiático famoso por matar cobras, fue llevada por los agricultores de Hawai para tratar de controlar la población de ratas, pero se les pasó un pequeño detalle. Es un animal diurno y la rata, nocturno. Hoy en día, las marmotas son consideradas en Hawai como una plaga, casi tanto como las ratas.

A la isla del norte de Nueva Zelanda llegó inadvertidamente la avispa europea el año 1945 a bordo de un avión. A pesar de luchar contra ella con DDT y cianuro, las avispas se establecieron en una región de setenta y ocho mil kilómetros cuadrados. Hoy su exterminio se considera algo imposible y la única esperanza que se tiene es la de poder mantenerlas alejadas de los huertos.

El filántropo suizo Henri Dunant (1828-1910) dedicó tanto de su dinero y de su energía al establecimiento de la Cruz Roja que su negocio textil fracasó y se vio reducido a la indigencia. El apoyo de la zarina rusa Maria Feodorovna y otras donaciones mejoró notablemente su situación financiera. Pero, persistiendo en esa filosofía tan altruista, en 1901, al ser Dunant co-ganador del

primer Premio Nobel de la Paz, Hans Daae depositó en su nombre el dinero del premio, ciento cuatro mil francos suizos, en un banco noruego evitando así que tuvieran acceso a él sus acreedores. Dunant no gastó nada de ese dinero en lo que le quedó de vida.

El gobernante de la isla de Zanzíbar en la década de 1950, Abeid Karume (1905-1972), suspendió un programa antimalaria de la OMS y despidió a su *staff* argumentando que los africanos eran «a prueba de malaria». Su decisión fue seguida de un brote de esta enfermedad en la isla.

El intento de Gerald Rodger de robar un banco de Aberdeen, Missouri, en noviembre de 1986, le valió el nada envidiable título de «peor ladrón de bancos del mundo». Su mérito fue escribir la nota en que pedía tres mil dólares en la parte de atrás de un cheque de su madre. Aunque había intentado borrar el nombre y la dirección se le olvidó hacer lo mismo con la cuenta bancaria. Cuando llegó a su casa, la policía le estaba esperando.

William A. Hightower era un asesino, pero un asesino lunático. El 2 de agosto de 1921 secuestró a un sacerdote, el padre Patrick E. Heslin, en su casa de las afueras de San Francisco; luego le aplastó el cráneo de un golpe y lo enterró cerca de la playa de Salada, al lado de una valla publicitaria. Hightower renunció al rescate, pero no a la recompensa ofrecida por brindar información acerca del paradero de Heslin. El 10 de agosto, Hightower se personó en casa del arzobispo Hanna para informarle de que había topado con la bufanda de Heslin mientras buscaba en la arena algún alijo ilegal de bebidas. Lo más lógico, según Hightower, es que el cadáver estuviera allí; no sabía exactamente dónde, pero no podía estar lejos. Hightower condujo a la policía hasta la bufanda de la playa, perorando durante todo el trayecto acerca de que había inventado la ametralladora e incluso había llegado a idear un

sucedáneo de la fruta confitada. Luego, prediciendo el sitio exacto en que debía estar Heslin, Hightower cogió una pala y puso manos a la obra. «Tenga cuidado –le advirtió el comisario O’Brien–, no vaya a dañarle la cara». Pero Hightower lo tranquilizó: «Descuide, jefe, he empezado a cavar por el lado de los pies».

El irlandés William Howard Rusell (1821-1907) fue el primer periodista al que se le aplicó el apelativo moderno de corresponsal de guerra. Pero no sólo es famoso por esto, lo cual no es poco, sino también por ser el mejor periodista de su época, porque acuñó la expresión «la delgada línea roja» y sobre todo porque, fiel defensor de la verdad, siempre levantaba ampollas en los gobiernos con sus crónicas. Tanto es así que fue culpable de la caída del gobierno de su nación, le tacharon de traidor, fue expulsado de varios países y recibió innumerables amenazas de muerte, entre las que destacan las de la casa real inglesa o algunos generales norteamericanos. Pero la carrera profesional de Rusell comenzó, paradójicamente, con una bochornosa metedura de pata. Con veinticuatro años recibió su primer encargo importante por parte de *The Times*: debía ir a Dublín a cubrir el juicio contra un importante nacionalista irlandés. El veredicto final fue el de culpable y, como no se disponía de telégrafo, comenzó una carrera contrarreloj para todos los corresponsales que se encontraban cubriendo la noticia. Había que llegar a Londres antes que nadie para ser el primero en poner la noticia en la calle. Rusell fue el primero en llegar y, al entrar exhausto en el edificio de *The Times*, sólo fue capaz de decir a la primera persona con que se topó una palabra: «Culpable». La pena es que esa persona era un sorprendentemente hábil reportero del *Morning Herald*, que salió corriendo hacia su periódico, de manera que fue este el primero en dar noticia. Este patinazo le costó a Rusell ser el hazmerreír del gremio durante una temporada, aunque no tardó en demostrar de qué pasta estaba hecho.



En 1938, Adolf Hitler fue elegido «Hombre del Año» por la revista Time. Aunque parezca chocante, hay que tener en cuenta que ese título de «hombre del año» no quiere decir mejor persona del año, sino personaje más trascendental. Y no cabe duda de que Hitler lo fue en 1938. El artículo original está escrito con mano izquierda, quizá a sabiendas de lo que estaba por llegar, tanto que, en la portada, no aparece su cara como es habitual en este tipo de galardones, sino una ilustración obra del barón von Ripper, en que se ve a Hitler tocando el órgano de una catedral, mientras unas víctimas cuelgan de la rueda de santa Catalina y la alta jerarquía nazi les observa.

El llamado «Incidente del vómito», protagonizado por el presidente estadounidense George H. W. Bush, fue un incidente diplomático ocurrido el 8 de enero de 1992, durante el cual vomitó accidentalmente sobre el regazo del primer ministro de Japón Kiichi Miyazawa, durante una visita diplomática. El asunto se convirtió rápidamente en motivo de sátira y mofa por la mayoría de comediantes americanos. La ABC llegó a publicar algunas secuencias del presidente vomitando. En sí misma, la cena en la que ocurrió era una recepción de Estado ofrecida por Japón a una delegación de ciento treinta y cinco diplomáticos estadounidenses, que tenía lugar en la propia casa del primer ministro japonés. El evento se enmarcaba en una gira diplomática de doce días por diferentes países asiáticos. A raíz del suceso, comenzó a

usarse en idioma japonés la expresión «bushu-suru» o «bushuru» con el significado de «vomitar embarazosamente en un acontecimiento público» o, literalmente, «hacer un Bush».



Aunque parezca increíble, la Asociación de los Judíos de la Nación Alemana pidió públicamente, en la campaña de las elecciones de 1933, el voto para el candidato del Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán (NSDAP), Adolf Hitler. Según los expertos, la inflación, el paro, una propaganda eficaz y el apoyo económico de los grandes industriales hicieron ascender al NSDAP y, en 1933, Hitler fue nombrado canciller.

El nombre del continente americano proviene del de Americo Vesputio (1454-1512), navegante florentino que realizó varios viajes de exploración a las Indias, en el curso de los cuales dibujó cartas y mapas de los nuevos territorios, llegando incluso a dar el nombre de «Colombia», en honor de Colón, a las tierras en que desembarcó. En un principio creyó que no pertenecían, como se pensaba, a una isla, sino que eran el extremo oriental de Asia. Mediante cálculos, llegó a la conclusión de aquel confín estaba mucho más allá del *finis terræ* señalado por Ptolomeo, lo que le llevó a ser el primero que, según se cree, advirtiera que se trataba de un nuevo continente. Al mismo tiempo, en 1507, en Saint-Dié, pequeña localidad de los Vosgos

franceses, el cosmógrafo Martin Waldseemüller (h. 1470-1521) se dedicaba a escribir una introducción a los libros de Ptolomeo. Al tener noticia de las afirmaciones de Vespuccio, dio el nombre de «América», en el planisferio que acompañaba a dicha obra, al nuevo continente. Tal denominación tuvo éxito en los ambientes científicos y pasó a ser la oficial del Nuevo Mundo, a pesar incluso del propio cosmógrafo alemán, que intentó deshacer su errónea atribución, evidentemente sin obtener resultado.

El secretario de Estado estadounidense William Jennings Bryan (1860-1925), con fama de gran orador, fue el encargado de organizar los actos de la inauguración oficial del canal de Panamá (1920). Con ocasión de tal acontecimiento, invitó a todos los países occidentales a enviar una representación de sus respectivas armadas a dichos fastos. Lo curioso es que llevó su celo diplomático a tal extremo que llegó a invitar a la Armada de Suiza, que no tiene mar.

En 1948, en plena guerra entre judíos y árabes, el embajador estadounidense ante las Naciones Unidas, Warren Austin (1877-1962), apeló al buen sentido de los dirigentes de ambos bandos, sugiriendo que arreglasen sus desavenencias por vía pacífica, «como buenos cristianos».

Mediando también en el conflicto árabe-israelí, el senador republicano estadounidense por el estado de Wisconsin Alexander Wiley (1884-1967) repitió prácticamente el mismo error, al afirmar solemnemente: «Los judíos y los árabes deberían acabar con su disputa con el verdadero espíritu de la caridad cristiana».

El Tratado de París se firmó el 10 de diciembre de 1898 y mediante él España era despojada de los últimos restos de un imperio otrora inabarcable. Sin embargo, por un error en las

delimitaciones geográficas, España conservó su soberanía sobre unas islas del archipiélago filipino (Cagayán, Sibutu y Sulú) y sobre otras nueve diminutas islas situadas al noroeste de Borneo. Estados Unidos rectificó posteriormente el error, al adquirir estas islas al Gobierno de España.

En 1549, el obispo de Yucatán Diego de Landa (1524-1579) ordenó la destrucción inmediata de una gran colección de códices mayas argumentando que «no contenían más que supersticiones y maquinaciones diabólicas», pese a que ni el obispo ni nadie por entonces era capaz de interpretar la escritura maya. El 12 de julio de 1562 se realizó el auto de fe de Maní, donde se incineraron ídolos de diferentes formas y dimensiones, grandes piedras utilizadas como altares, piedras pequeñas labradas, vasijas y códices con signos jeroglíficos. Las palabras de Landa fueron: «Hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual sentían a maravilla y les daba pena». Se calcula que incineraron toneladas de libros, los cuales poseían registros escritos de todos los aspectos de la civilización maya. El suceso tuvo repercusiones. Aunque los mayas idearon medios para preservar sus cultos ancestrales, el hecho fue criticado por los colonos españoles, quienes argumentaron que «en lugar de doctrina, los indios recibían miserables tormentos», y la noticia llegó hasta Felipe II, por lo que en abril de 1563, Landa tuvo que viajar a España para presentar su defensa. Años después, en su vejez, se dedicó al estudio de la cultura maya, quizás para tratar de recuperar la valiosa información que había destruido en su época de inquisidor. Logró recuperar así una gran cantidad de información sobre la historia, el modo de vida y las creencias religiosas de este pueblo, y también logró entender el sistema vigesimal de sus matemáticas y su calendario.